



San Agustín. Historia viva y tensiones en la interpretación del pasado

Juliana Caicedo Mendoza  
Estudiante del programa de Historia  
Universidad Externado de Colombia

No. 8

Julio - Diciembre, 2023

*Lucem*

Imagen: María Cristina Pérez  
Correo: [maria.perez@uexternado.edu.co](mailto:maria.perez@uexternado.edu.co)



## **San Agustín.**

### **Historia viva y tensiones en la interpretación del pasado**

---

**Juliana Caicedo Mendoza\***  
*Universidad Externado de Colombia*

Las salidas de campo siempre han representado una oportunidad única para los estudiantes del Programa de Historia de la Universidad Externado de Colombia, no sólo como una forma de conectar la teoría con la práctica, sino también como una ocasión para explorar el territorio y conocer realidades que difícilmente podrían descubrirse en un viaje turístico convencional. Esta vez, el destino era el municipio de San Agustín, Huila, un lugar reconocido por sus yacimientos arqueológicos prehispánicos, pero sobre el que tenía muy poco conocimiento personal. Las expectativas eran muchas, desde la posibilidad de adentrarse en una región con una historia más investigada y consolidada, hasta el deseo de conocer cómo las comunidades actuales se relacionan con ese pasado.

El viaje en sí mismo ya era un reto considerable. La travesía desde Bogotá hasta San Agustín fue larga y agotadora, lo que hizo que las primeras impresiones del lugar estuvieran marcadas por el cansancio, pero también por la curiosidad de explorar lo desconocido. Había escuchado que el clima sería caluroso, lo cual condicionó la ropa que llevé, pero, para mi sorpresa, el clima resultó ser mucho más fresco de lo esperado (incluso la presencia de lluvia), lo que me llevó a enfrentar las primeras adversidades del viaje con una preparación inadecuada. El trayecto hacia San Agustín fue largo y agotador, pero las expectativas crecían con cada kilómetro recorrido. Al llegar de noche, no pudimos apreciar mucho del pueblo, aunque el hotel estaba muy cerca de los parques arqueológicos. Lo primero que llamó mi atención fue la cantidad de turistas, quienes no solo venían a ver los yacimientos, sino también a disfrutar del ecoturismo y la tranquilidad del lugar. San Agustín parecía ofrecer algo más allá de su valor arqueológico, combinando historia y naturaleza.

Más allá de estos detalles logísticos, el interés por esta salida radicaba en la posibilidad de cuestionar el uso del pasado en el presente, tanto desde la perspectiva de las instituciones de Estado como desde la comunidad local ¿Cómo se articula la historia prehispánica en la cotidianidad del pueblo? ¿Es verdaderamente parte de la identidad de sus habitantes, o simplemente se utiliza como un recurso turístico y decorativo? Estas preguntas comenzaron a surgir incluso antes de llegar al destino y se fueron profundizando a medida que avanzaba la experiencia.

El día siguiente comenzó con una actividad por el centro de San Agustín. El objetivo era identificar cómo el pasado prehispánico se integraba en la vida cotidiana del pueblo. Mientras recorríamos sus calles, observamos numerosas representaciones de las figuras arqueológicas, no solo en sitios turísticos, sino también en espacios comunes como la estación de Policía y la iglesia principal. Aunque a simple vista el pueblo parecía como cualquier otro en Colombia, estas figuras

---

\*Estudiante de decimo semestre del programa de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales y Humana de la Universidad Externado de Colombia y representante estudiantil de dicho Programa. Hace parte del Equipo Editorial de Lucem. Revista de Estudiantes de Historia. [laura.caicedo02@est.uexternado.edu.co](mailto:laura.caicedo02@est.uexternado.edu.co)

del pasado estaban por todas partes, dándole una identidad particular. Sin embargo, lo que más nos interesaba era descubrir si los habitantes realmente se sentían identificados con este pasado o si solo era un elemento decorativo. A pesar de preguntar en varios lugares, como la oficina de información al lado de la Alcaldía, la respuesta fue un tanto vaga. Mientras algunos grupos de estudiantes lograron interactuar más con los locales, nuestro grupo se quedó con la impresión de que, aunque estas representaciones estaban presentes, no necesariamente reflejaban una identificación profunda por parte de la población.

Al igual, la religión católica aparece como un aspecto vinculador dentro de la construcción de comunidad en el pueblo como influyendo en cosas como la decoración de las casas. El aspecto religioso reclama un lugar importante dentro de la institucionalidad en el municipio, logrando ser un principio rector de la identidad del lugar, mucho más importante que el pasado prehispánico que parece o se establece por los promotores de turismo que caracteriza al pueblo. Finalmente, el uso de la historia fue el tema de principal tensión, por una parte, encontramos un tipo de uso en el pueblo en el espacio público, donde llega a perder su sentido de la mano con recursos religiosos que conviven, pero, a la vez, predominan identitariamente.

En los días posteriores, comenzamos a explorar los parques arqueológicos como el de Mesitas, o Parque Arqueológico de San Agustín, que ofrecían una muy buena curaduría y conservación. A primera vista, la experiencia parecía organizada, con carteles informativos que explicaban las excavaciones y la historia de las culturas prehispánicas que habitaron el territorio. Sin embargo, lo que inicialmente parecía una salida académica bien estructurada se fue transformando en una experiencia curiosa, gracias a una de nuestras guías.

La guía en uno de los parques, en lugar de adherirse a la información oficial y a las investigaciones arqueológicas e históricas reconocidas, comenzó a introducir su propia versión de los hechos. Nos encontramos ante un relato que parecía más cercano a un documental de teorías de alienígenas ancestrales que a la realidad arqueológica, mencionando influencias de culturas asiáticas y africanas en las estatuas y yacimientos observados en el recorrido. A pesar de que este tipo de explicaciones se alejaban de una visión eurocéntrica, seguían promoviendo la idea de que las culturas locales no tenían un origen propio, lo que resultaba problemático y sin base científica.

Lo más frustrante fue que la guía trataba la historia institucional, es decir, la información que ofrecían los carteles y las investigaciones arqueológicas, como algo que “nos quieren hacer creer”. Para ella, el conocimiento difundido por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y las interpretaciones oficiales de los yacimientos eran parte de un discurso controlado que no merecía credibilidad. Este contraste entre la historia académica y las interpretaciones libres de la guía generó un debate latente durante toda la visita, especialmente entre los profesores y los estudiantes de historia, quienes intentamos cuestionar sus puntos de vista, sin mucho éxito. Intentamos dialogar con ella sobre sus interpretaciones, pero no había espacio para el debate. Sus explicaciones se presentaban como la única verdad, lo que para un grupo de historiadores resultaba especialmente frustrante. La situación se complicó aún más porque no solo desafiaba nuestra comprensión del pasado, sino que también alimentaba una narrativa sin fundamento, que, en oídos menos especializados, podría perpetuar la desinformación. Al final, fue un choque constante entre la narrativa alternativa de la guía y la historia institucional expuesta en el parque.

A pesar de todo, la experiencia dejó claro el desafío que enfrentan los historiadores y las instituciones como el ICANH: garantizar que la información histórica rigurosa llegue a las comunidades locales y a los visitantes, evitando que se distorsione con interpretaciones ajenas a la realidad. Esta salida no solo evidenció la importancia de preservar el patrimonio, sino también la necesidad de un esfuerzo mayor en la difusión responsable del conocimiento histórico.

La experiencia en los parques arqueológicos y el contraste con las interpretaciones de la guía local, resaltaron una cuestión crucial: el papel de las instituciones en la divulgación de la historia. El ICANH que, como muchas otras instituciones culturales, tiene a su disposición herramientas y recursos que trascienden los que poseen historiadores e investigadores individuales. Su capacidad para generar impacto y alcance en territorios como San Agustín, que cuenta con importantes yacimientos arqueológicos, es fundamental. Las instituciones no solo gestionan y conservan el patrimonio, sino que también tienen la responsabilidad de presentar la historia de manera accesible y precisa a diferentes audiencias.

En este contexto, la labor de los historiadores e investigadores se vuelve esencial. No basta con realizar estudios y publicarlos en artículos académicos que pueden quedar limitados a un círculo restringido; es necesario involucrarse en la difusión activa de la historia mediante exposiciones museográficas, actividades educativas en parques y colaboraciones con la comunidad, para hacerla relevante y comprensible para todos. Además, es fundamental reconocer cómo las comunidades interpretan y valoran su propia historia, ya que, más allá de alcanzar una "verdad" única, el verdadero valor radica en comprender y respetar las formas en que las personas se relacionan con su pasado. Sin embargo, esta situación también plantea preguntas sobre el interés y el conocimiento de los habitantes locales respecto a su propio patrimonio. A pesar de la presencia de parques arqueológicos y proyectos institucionales, a menudo los residentes del área no están completamente informados sobre las iniciativas culturales y educativas disponibles. La desconexión entre las instituciones y la comunidad puede llevar a una falta de familiaridad con los recursos históricos que están justo en su propio entorno.

Por lo tanto, mientras que las instituciones deben mejorar sus estrategias de divulgación para que sean más inclusivas y efectivas, también es crucial que los historiadores y los investigadores de las ciencias sociales y humanas continúen explorando y comprendiendo cómo se percibe y se vive la historia en los territorios. La meta debe ser crear un puente entre el conocimiento académico y la experiencia local, fomentando un sentido de pertenencia y apreciación por el patrimonio que va más allá de lo meramente decorativo o turístico.

Como contraposición a las experiencias previas con las instituciones y la guía en los parques arqueológicos, visitamos un museo familiar que ofrecía una perspectiva completamente diferente sobre la historia y el patrimonio de San Agustín. Este museo, ubicado en una casa del pueblo, era el resultado del esfuerzo y la pasión de una familia local, que había decidido conservar y divulgar su colección de piezas arqueológicas. A diferencia de los grandes parques institucionales, donde la historia se presenta de manera más uniforme y, a veces, rígida, el museo familiar ofrecía una narrativa más personal y cercana. Aquí, las piezas no solo estaban expuestas para mostrar la riqueza del pasado prehispánico, sino también para contar la historia de cómo estas habían llegado a la finca familiar, muchas veces a través de la gaaquería. Esta actividad, aunque controversial, había permitido a la familia construir una colección única, reflejando tanto la historia de las piezas como su propia historia de vida.

Uno de los aspectos notables del museo era la ausencia de objetos de oro, una medida de precaución debido al riesgo de saqueo o pérdida en el lugar. Esto reflejaba una realidad palpable: mientras que las instituciones pueden tener los recursos y la infraestructura para conservar el patrimonio de manera sistemática, en el ámbito familiar, las limitaciones en la protección y el riesgo de pérdida del patrimonio son mucho mayores. La familia había hecho un esfuerzo significativo por preservar los objetos que pudieron y narrar sus historias, a pesar de las restricciones y desafíos.

El contraste entre la historia contada en este museo y la narrada por la guía en los parques fue marcado. Mientras que la guía ofrecía una interpretación alternativa y, en ocasiones, desacertada, el museo familiar proporcionaba una visión más arraigada en la experiencia local. La narración de la familia incluía historias sobre cómo habían encontrado las piezas y su significado, entrelazando la historia de las piezas con su propia historia personal. Este contraste subraya la importancia de valorar y apoyar las iniciativas locales de conservación y divulgación. Aunque las instituciones desempeñan un papel crucial en la preservación del patrimonio a gran escala, las experiencias como la del museo familiar nos recuerdan que el compromiso con la historia puede surgir de diversos lugares y formas, y que la historia no es un relato único, sino una serie de narrativas entrelazadas que enriquecen nuestra comprensión del pasado.

Cada salida de campo es una experiencia única. Con cada una se aprende algo nuevo, no solo sobre el lugar que se visita, sino también sobre la forma en que interactuamos con el pasado y las personas que lo habitan. En esta salida, como en muchas otras, hubo momentos de descubrimiento y reflexión, pero también de reconocimiento de nuestras propias limitaciones. Aunque en este caso faltó un mayor uso de herramientas de la antropología, para lograr un acercamiento más profundo con la población local, la experiencia reafirma algo fundamental: la historia no está confinada a los archivos.

Los historiadores a menudo limitan su trabajo a lo que encuentran en documentos antiguos y libros, como si la historia solo existiera en esos registros. Sin embargo, la historia está presente en los territorios, en las personas, y en las formas cotidianas en que la gente vive y se relaciona con su pasado. La labor de campo no es solo para los arqueólogos o los antropólogos, también es esencial para los historiadores. Visitar lugares como San Agustín permite ver de primera mano cómo el pasado y el presente se entrelazan, cómo las comunidades locales interactúan con su historia, y cómo interpretan y preservan su patrimonio. Estas salidas nos enseñan que el conocimiento histórico no es estático ni limitado a un solo espacio, sino que está en constante diálogo con las personas y los lugares. Como historiadores, es crucial que aprendamos a salir de las fronteras del archivo y nos acerquemos más al terreno, escuchando las voces de las comunidades y observando cómo el pasado sigue moldeando el presente.

